



Azaña, el mito sin máscaras

José María Marco

2021. Encuentro

354 páginas

ISBN: 978-84-1339-084-0



Dr. Carlos Rico Motos

Universidad Pontificia Comillas

cmrico@comillas.edu

De entre todos los discursos de Manuel Azaña probablemente sea el de “paz, piedad, perdón”, pronunciado cuando apenas habían transcurrido dos años del inicio de la Guerra Civil, el que más haya contribuido a proyectar la imagen de un presidente de la República horrorizado ante la magnitud de aquel fratricidio. Así, el relato de la Transición encontró en el Azaña que clamaba por la reconciliación entre españoles un icono del consenso.

En *Azaña, el mito sin máscaras*, José María Marco nos presenta una cara menos amable de quien llegó a ser pieza clave en el devenir de la Segunda República Española. Frente al acuerdo en torno a la figura de Manuel Azaña como principal exponente de un régimen desbordado por la hybris del extremismo ideológico, la obra reseñada sostiene que, desde su misma génesis, la República promovida por Azaña estuvo muy lejos del régimen liberal y moderado que cierta historiografía ha trasladado. Profundo conocedor de la vida y obra del político alcalaíno, al que ha dedicado numerosos trabajos, el profesor Marco afirma que el dogmatismo con el que este se condujo en momentos fundamentales de su acción política descabalgó los intentos de ubicarle, mediante una lectura selectiva de su obra, entre los partidarios de la tercera España. Ni Azaña, tempranamente desencantado del reformismo, se sentía preocupado por ella, ni el régimen que contribuyó a engendrar constituía el germen del liberalismo español. Por el contrario, como se señala desde el mismo prólogo de la obra, el ideal republicano de Azaña supuso la rup-

tura con una tradición de constitucionalismo liberal que hundía sus raíces un siglo atrás.

El trabajo de Marco se estructura en cuatro capítulos y una cronología final apoyados en una amplia base bibliográfica y documental. Esta base documental está formada, entre otros elementos, por los discursos de Azaña y su diario personal, un testimonio privilegiado sobre la política española de entreguerras y las relaciones del líder republicano con las grandes figuras de aquel periodo. El minucioso recorrido por estos documentos pone de manifiesto el sectarismo con el que el alcalaíno abordó los grandes conflictos de su época, llegando en ocasiones a desbordar por la izquierda a sus correligionarios. Antes que el de un intelectual sosegado, el desempeño político de Azaña fue, sostiene Marco, el propio de un revolucionario militante. Así, su proclama “España ha dejado de ser católica”, durante el debate constituyente de octubre de 1931, fue mayoritariamente interpretada como un programa de actuación antes que como un diagnóstico. Ello supuso el escoramiento temprano de la República hacia posiciones anticlericales, alienándose el apoyo de los sectores liberal-conservadores de la sociedad española que habían recibido al nuevo régimen con más expectación que hostilidad.

Mención aparte merece la Ley de Defensa de la República, impulsada por Azaña y vigente como norma de excepción hasta mediados de 1933 que, entre otros aspectos, prohibía la apología del régimen monárquico. En nombre de la libertad, en abstracto, la Segunda República restrin-

gía libertades como las de expresión, reunión y manifestación o asociación, lo cual suponía un retroceso respecto a la autorización de los partidos republicanos en tiempos de la Monarquía constitucional. En este sentido, un pasaje clarificador en la obra reseñada es el discurso que Azaña dirige a Lerroux en octubre de 1933: “[...] porque he tenido casi los plenos poderes, y sin casi, mientras no se votó la Constitución, y ¿sabe Su Señoría en qué he empleado ese poder? Pues lo he empleado en poner el pie encima a los enemigos de la República, y cuando alguno ha levantado la cabeza más arriba de la suela de mi zapato, en ponerle el zapato encima” (p. 27).

El segundo capítulo, República y democracia, presenta la Revolución Francesa como el modelo que alumbraba el imaginario de los republicanos españoles de izquierda en 1931. Se trataba, no obstante, de una mitología que establecía una asociación implícita entre república e izquierda. Como explica Marco, la República azañista era la de Jules Ferry en 1880, no la del Bloc National victorioso en 1919. En su dogmatismo, Azaña no concebía que la república pudiese ser de derechas —“a mí, todo lo que es de derecha me repugna”, había replicado a Alcalá-Zamora— y de ahí su escaso interés por integrar a esa parte del espectro político en el consenso republicano. Antes que con el pluralismo, el compromiso de Azaña era con una “República absoluta”, entendida como una virtud creadora e irrestricta que estaba llamada a engendrar un nuevo orden político, social y cultural. Ese nuevo tiempo debía llegar de la mano de un esfuerzo de ingeniería social amparado, a su vez, en una Constitución de parte. De ahí el rechazo frontal de Azaña a que la derecha representada por la CEDA —un “asaltante” en sus palabras— pudiese formar parte del gobierno tras los resultados electorales de noviembre de 1933. Para Azaña, afirma Marco, la República tenía que ser de izquierdas a costa de lo que fuese, incluyendo el liberalismo o la propia democracia.

Como pone de relieve el tercer capítulo, dedicado a la Guerra Civil, será una vez iniciada la contienda cuando Azaña empiece a cultivar en sus discursos y en su diario —de clara vocación estética— la imagen de un personaje aislado, angustiado por la violencia y que reniega de las atrocidades cometidas en nombre de la República. Este Azaña más sosegado constituye, a juicio del autor, un intento de escapar a su responsabilidad en la tragedia desatada: “el republicano intransigente, dispuesto a aliarse con

el Partido Comunista contra las derechas, no sabe ahora como desligarse del proyecto totalitario del que ha acabado formando parte” (p. 227). A su vez, en el cuarto capítulo, Arte y diletantismo, Marco complementa el relato azañista con el análisis de su obra literaria, la cual deja traslucir en ocasiones rasgos autobiográficos. Así, por ejemplo, los personajes de *La velada en Benicarló*, publicada en 1939, nos presentan una República asentada “en la zona templada del espíritu” que había sido abortada por el extremismo político de izquierda y derecha. A través de la literatura Azaña busca retrospectivamente una absolución histórica.

Trascendiendo su dimensión política, o más bien para comprenderla mejor, el trabajo de Marco profundiza en la dimensión biográfica y espiritual de Manuel Azaña. Es aquí donde el autor despliega su hondo conocimiento del personaje. A lo largo del libro se nos va desvelando el perfil psicológico de un diletante en permanente crisis existencial, descreído y angustiado por la desaparición de certezas tras la crisis española de fin de siglo. En la exégesis del autor, Azaña encontró en el republicanismo un asidero frente a su querencia nihilista, siempre latente, por sumergirse en “el fondo de la nada”. Así pues, el republicanismo habría funcionado para Azaña como una suerte de dogma religioso frente a su angustia vital, una forma pura que no debía nada a la realidad porque estaba destinada a superarla.

En *Azaña, el mito sin máscaras* el lector encontrará el perfil menos transitado —y por ello el más esclarecedor— de un personaje desconcertante. Es en este sentido en el que José María Marco nos previene frente a una mitificación acrítica. Para él, Azaña “es un símbolo imposible, porque la figura de corcho y cartón piedra que se ha ido elaborando encaja mal con el abismo existencial y moral en el que se desarrolló su vida. Y también porque la conversión en un mito de un personaje como este divide, mucho más que une, a la sociedad española. Y cuanto más se insiste en su figura, peor será” (p. 20). Al tiempo, esta obra enriquece el debate político e historiográfico sobre esta etapa de la vida española, contextualizada en el marco de la crisis de las democracias liberales durante el periodo de entreguerras. La complejidad de Azaña y su República, así como sus excesos, nos invitan a un acercamiento más reflexivo a nuestro pasado reciente, especialmente en un momento en el que viejos maniqueísmos pretenden resucitar otro mito, el de las dos Españas.